

EDITORIAL

Algunas reflexiones acerca de la enseñanza de la Morfología

Carlos Arturo Florido Caicedo

Profesor Asociado - Departamento de Morfología

Facultad de Medicina - Universidad Nacional de Colombia

cafloridoc@unal.edu.co

ALGUNAS REFLEXIONES ACERCA DE LA ENSEÑANZA DE LA MORFOLOGÍA

Con bastante frecuencia en nuestra labor como profesores, nos enfrentamos a preguntas que nos mueven a reflexionar. Una de las que más constantemente se nos presenta es ¿qué enseñar? Y en el proceso de tratar de responder, antes que lograrlo, nos llenamos de nuevos interrogantes: por qué, para qué, cómo enseñar.

El permanente contacto con la docencia permite de alguna manera, madurar estas incógnitas y poco a poco comenzar a construir respuestas.

¿Se es profesor de Morfología para enseñar conceptos, definiciones, descripciones? No. Tal vez no; eso sería demasiado fácil. Y aunque aparentemente conocer, memorizar, recitar estos conceptos, definiciones o descripciones sea difícil, a veces hasta “heroico” (sobre todo en esta ciencia en donde la memoria y su ejercicio resultan tan importantes), con mucha frecuencia resulta innecesario, a veces arrogante e incluso peligroso (siempre habrá alguien con mejor memoria que uno, por ejemplo).

Entonces, luego de enseñar y de enseñar durante mucho tiempo unos conceptos y unos contenidos determinados, se llega al punto de incorporar esos conceptos y contenidos al pensamiento mismo del docente. Esta incorporación implica los actos de reflexionar y de “filosofar” sobre el asunto, de tal manera que lo que pretenda el docente sea mostrar su experiencia, su visión acerca de las cosas, lo cual tiene que ver con la actitud que se tiene frente a ellas.

Ahora bien, ¿qué proponerle a los estudiantes? La propuesta debería ir encaminada a que en su interior el estudiante entienda por qué es importante un cierto conocimiento al que eventualmente se va a enfrentar; y desde ese punto de vista es muy importante no tanto lo que uno o varios autores hayan escrito, sino la propia vivencia al respecto de quien lo presenta.

Lo que resulta más posible, es que el conocimiento no sea el “convencional” (el conocimiento al final del proceso) sino que tenga un enorme componente de aquello que se ha dado en llamar “currículo oculto”, porque crea una impronta que se graba a veces de manera indeleble o si no, con características que la hacen muy difícil de borrar. No se trata del conocimiento, sino lo que se piensa de ese conocimiento; pero tampoco se trata de que el estudiante introyecte lo que el profesor piensa, sino de que el estudiante se forme sus propios conceptos y vivencias, y asuma sus propias consecuencias. De esta manera, el maestro trasciende, aunque no sea muy recordado. La huella queda; la imagen, no necesariamente.

El verdadero proceso debe ser emocional, no formal. Se debe propender por que sea el afecto la característica predominante, la fuerza creadora: si se quiere, se entiende; si se entiende, se conoce; si se conoce, se sabe; y si se sabe, se quiere. Entonces, ¿la verdadera labor del docente es la transmisión del conocimiento o la conducción del estudiante para que sienta afecto por lo que se le muestra? Muy probablemente sea la segunda opción; no en vano enseñar significa conducir.

Para que esto ocurra, es muy importante tener en cuenta que el docente debe sinceramente despojarse de su importancia personal, lo cual no tiene nada que ver con una supuesta modestia (verdadera o espuria), sino con la adquisición (sincera) de una importancia social o colectiva para transmitir y para que a su vez sea transmitida.

La morfología se aprende (como no sin razón históricamente se ha dicho) en los libros y en los laboratorios (“el anfiteatro es el sitio en el que los muertos enseñan a los vivos”); pero su comprensión, su entendimiento, su razón de ser, su “leitmotif” solamente se adquieren en la relación entre el estudiante y su maestro.

